

***Fuego Cruzado***  
**Del hiperrealismo violento y sus excesos\***  
**María Eugenia Suárez de Garay**

Me descubrí leyendo *Fuego Cruzado* con los labios apretados, el cuerpo tenso y el alma en vilo. No podía ser de otra manera. Hoy nuestra humanidad parece no plantearse ya más que aquellos problemas que es incapaz de resolver. Tiempo de tinieblas, parece anunciar Marcela Turati, donde los hechos no revelan por sí solos su sentido y donde el destino personal sí cuenta a la hora que se elige un punto de vista para reflexionar sobre la historia que hoy se está escribiendo de este México convulsionado.

No es sólo la mirada de una periodista, sino la de una andante que se cruza con la de diversísimos testigos afectados por una guerra que no parecen haber pedido. Destinos individuales, fuertemente e inolvidablemente marcados por el autoritarismo y por la más brutal de las anomias. Hablando en plata pura; no es que los niños, niñas, mujeres y hombres de los que hace referencia la autora sean muy diferentes a los que vemos diariamente en los lugares por los que circulamos. No son héroes, ni santos, ni buenos, ni malos: son personas falibles como usted y como yo. La diferencia es que siguieron un itinerario dramático: todos participaron de esa orgía colectiva en la que se ha venido convirtiendo la muerte violenta en nuestro país.

Como bien decía hace unos días Teresa Inchaústegui, “esta lucha abierta entre la violencia armada del Estado y la violencia armada de los cárteles y organizaciones de criminales es una declaratoria tácita de que el Estado de derechos civilizado y civilizatorio en México ha claudicado/fracasado a favor de un Estado de terror que ha venido a multiplicar la violencia indiscriminada. Por ello, lo que impera en los territorios vigilados por los cuerpos de seguridad del estado (policías y militares) es el aumento de la ilegalidad y el crimen. No la ley y la justicia del estado de derecho”.<sup>1</sup> Y es justo ahí que la muerte aparece como expresión extrema de esa violencia que rebasa con mucho las estadísticas sobre hechos violentos y el recuento de los cadáveres, es decir, sobrepasa la muerte en su dimensión física.

¿A qué voy con esto? La evocación fúnebre de Marcela Turati de aventados vivos, decapitados, maniatados, desintegrados, encajuelados, levantados, encobijados, desarticulados, descuartizados, entre otros, no sólo es un absoluto *performance macabro*, como lo llama. Además de la dimensión física, fruto de la violencia sobre los cuerpos, la muerte violenta adquiere aquí otras dimensiones simbólicas que hoy más

---

<sup>1</sup> Teresa Inchaústegui, “El Estado y la violencia”, en el periódico *El Universal*, 13 de marzo de 2011.

que nunca estamos obligados a reflexionar. Hacerlo exige, sin duda, una mirada oblicua, desde los márgenes para no caer en el espectáculo obsceno de la violencia, y especialmente, para lograr enfrentarla y tramitar el dolor.

Conforme avanza la lectura de *Fuego Cruzado*, página tras página, una se pregunta, ¿de qué se trata todo esto? A fuerza de buscar la cuadratura, sólo parece visualizarse una situación ambigua en la que se mantiene lo social sin ser objeto de adhesión; en la que hay una sociedad porque no es posible prescindir de ella, pero al mismo tiempo ya no la hay. En la que hay vínculos que, empero, no son reconocidos como vínculos sociales. Es decir, se cree en ellos sin creer en ellos. Aquí todas las señales son a la inversa. Acá todo indica que el imperio de la ilegalidad se ha impuesto: “un estado que no castiga delincuentes y se arma y arma para perseguir a campo traviesa, pero que ha renunciado a la civilidad, a los derechos, al imperio de la justicia y se ha echado al mismo camino que los delincuentes. Tomando la violencia, que es la regla de oro de los criminales (la única divisa que al final de cuentas los ordena) como regla del Estado. Al ingresar en ese terreno, el Estado ya perdió, porque es la ley de la criminalidad, el imperio de la violencia, la que se ha impuesto”.<sup>2</sup>

En el mundo del cruce de balas, hay también un cruce de sentidos y significados que traza con exactitud Marcela Turati y que nos obliga a preguntarnos qué tipo de muerte se produce en cada una de ellas. Aquí no hay una sola víctima ni un solo victimario, ni una sola lógica ni podemos hablar de una sola racionalidad del contexto en el que se producen las muertes violentas en nuestro país. En ese sentido, creo sin temor a equivocarme que la autora abona enormemente a la comprensión de lo que hoy significa el exceso en nuestros territorios. *Fuego Cruzado* es un documento fehaciente de que la muerte en México es excesiva. Intenté contabilizar los muertos ahí relatados y claudiqué. Era lógico, como lo es que el problema no sólo es la cantidad de muertos que producimos, sino no la excesiva carga simbólica que inscribimos en las maneras utilizadas para ejecutarla y las formas simbólicas para nombrarla y narrarla. Desde el asesinato limpio hasta aquellas muertes acompañadas de las mutilaciones sobre el cuerpo. Siempre mensajera del terror. Excesiva en los ritos funerarios que usamos para tramitarla, lo que ha terminado por agotar la eficacia simbólica que los asiste. La muerte violenta por reiterativa, se ha vuelto rutinaria. El vacío y el olvido parecen imponerse con tanto dolor porque son tantos nuestros muertos... Sin embargo, en las narraciones hechas por las víctimas de esta guerra a

---

<sup>2</sup> *Ibid.*

la Turati, el duelo es, real y simbólicamente, una travesía hacia la palabra y la memoria activa que se esfuerza por engañar al tiempo y a la ausencia.

Como bien queda registrado en *Fuego Cruzado*, la mayoría de las muertes violentas que hoy se registran en nuestro país son producidas por la guerra contra el narcotráfico, esto es, de los efectos directos o indirectos de la confrontación. Es decir, sería difícil para nuestra sociedad poder explicar todas estas muertes sin alusión directa a este estado de guerra latente y cuasi permanente. Y sería además difícil entenderlo sin la estrecha relación con la política, aunque haya quienes se empeñen en no hacerla evidente como podemos constatarlo también en este libro. Cosa que tampoco sería extraña, cuando estamos tan acostumbrados a las artimañas de los poderosos para oscurecer las verdades evidentes. Sin embargo, Marcela –según afirma su prologuista Roberto Zamarripa–, casi con vocación de misionera, parece que se pregunta con insistencia por las muertes violentas de esta guerra sin tregua, pero buscando una mirada diferente, buscándoles el rostro, dotándolos de historia y de una singularidad y de una humanidad tan escasa en estos tiempos. Y es entonces que una dice: “esta periodista esta hecha de otra madera, debe ser una especie rara dentro de su medio donde pululan aquellos que andan a la caza de las miserias y de las historias de contenido humano de una manera pragmática, instrumental y calculadora y donde se vuelve evidente la sumisión de los periodistas a las exigencias del mercado y a esa tendencia global a privilegiar lo corporativo sobre lo individual”.

Así es que como nos deja pensar el problema, detenernos en las masacres e involucrarnos con sus víctimas, comprender desde otro lugar las modalidades de ejecución de la muerte, dimensionar la puesta en escena de estos rituales de muerte que cumplen eficazmente con la producción de terror en las poblaciones. Obligados todos a mirar el cuerpo como un texto porque el muerto ya no dice más nada. Es puesto a hablar a través de su descuartizamiento y de esas múltiples formas en las que hoy nos convoca a través de su teatralización. En este teatro de la violencia, las víctimas son sometidas a todas las atrocidades. Tal parece que en el espacio de la masacre no hay futuro inmediato, únicamente la duración del presente. Ahí no vale matar rápidamente a las víctimas y abandonarse a la ebriedad de la destrucción, tal como parece reseñarlo Marcela. Todo parece indicar que el tiempo busca detenerse y prolongar la agonía, diversificando la violencia e intensificando nuestra estupefacción ante los signos de lo indecible. Justo ahí es que se reinventan una y otra vez las atrocidades de las violaciones, los machacados, los decapitados, los suplicios y los excesos que parecen no tener fin.

Conforme pasaban las páginas de *Fuego Cruzado* me preguntaba y le preguntaba silenciosamente a Marcela: “¿Seguirás en tu camino de contarnos un país de tremenda exaltación histórica colectiva? ¿Será que nos hemos familiarizado aún más con la muerte? ¿Qué nos hemos acostumbrado a la muerte violenta? ¿Será que su presencia es inminente en nuestra cotidianidad?”. Después de leer libro y de observar con insistencia mi país, pienso que hoy hay muchas evidencias de que nos hace falta una profunda elaboración de duelos por tantas vidas perdidas junto con las heridas abiertas en la memoria y el recuerdo colectivo de lo que estamos padeciendo y sufriendo. Sólo la elaboración de esos duelos posibilitaría que como sociedad resignificáramos nuestro pasado más reciente para darle cabida a un nuevo pacto social en el que la violencia no fuera uno de los ejes (des)estructurantes de nuestra vida social.

En estos tiempos donde los muros mentales edificados por los medios de comunicación y muy especialmente por la clase política separan comunidades, instaurando el discurso del miedo, del extraño, del enemigo, del delincuente, aquella vieja pregunta de Pierre Bourdieu se vuelve tan pertinente como antes: “¿qué realmente está en poder de los periodistas?”. Éste decía que entre las cosas que dependen de ellos está el manejo de las palabras.<sup>3</sup> Es a través de las palabras como los periodistas producen efectos, ejercen una violencia simbólica. Por lo tanto, controlando su uso de las palabras es como pueden limitar los efectos de la violencia simbólica y ser actores activos de la transformación social. Los periodistas desempeñan hoy un papel central porque entre todos los productores de discursos son ellos quienes disponen de los medios más poderosos para hacer circular y para imponer discursos. Es decir, ocupan una posición privilegiada en la lucha simbólica por hacer ver y hacer creer.<sup>4</sup>

En ese sentido, *Fuego Cruzado*, no solo ha cumplido una misión periodística, al mostrarnos con otros lentes la fatalidad del temor y la muerte, derivados de este tiempo sombrío que la guerra contra el narcotráfico ha parecido desatar; sino que, con esa mirada aguda de su autora, nos ayuda a comprender la fuerza política de la memoria del sufrimiento y nos mueve a entender que no podemos reducir al ámbito del lo privado el duelo personal, lo que sin duda hoy debe ser el corazón de la preocupación colectiva: el duelo público.

---

<sup>3</sup> Pierre Bourdieu, “Cuestiones de palabras. Una visión más modesta del papel de los periodistas”, intervención en un coloquio de Periodistas sin Fronteras, publicado en *Les Mensonges du Golfe*, Arléa, París, 1992.

<sup>4</sup> *Ídem*.

Desde la frontera sur, allá en Tapachula, pasando por Mérida, tocando Oaxaca, subiendo a la Montaña de Guerrero, pasando por el Distrito Federal, sin dejar de llegar a Tampico y bordeando la frontera norte, desde Matamoros y hasta nuestra entrañable Ciudad Juárez, hasta tocar Tijuana: a México lo queremos nuestro. Escribir la historia de nuestro presente en medio de un diluvio de plomo no es sencillo. Si queremos convertirnos en constructores activos de la civilidad; si aspiramos a un ejercicio ético y político que ponga en juego nuestra capacidad para decidir el presente y futuro al que aspiramos como país; y si queremos ganar con pleno derecho y justificación ese espacio para vivir libres de violencia, debemos estar abiertos a las diversas formas para mantener vivo el recuerdo. Sí, un recuerdo que no nos extravíe, ni que nos haga sacralizar el pasado, sino que nos permita comprenderlo para obtener de él las lecciones precisas que posibiliten justamente construir *otra cultura* hecha de solidaridad y convergente con el sentido de comunidad.

Desde La Ciénaga, nuestro más alto reconocimiento a Marcela Turati, por abrir la veda contra las formas del olvido y contra la anestesia mediática-política que pretende blindar el juicio reflexivo que reivindica las múltiples voces que hoy estamos ciertas de nuestro derecho-deber de la paz.

\* Este texto fue preparado para la presentación del libro de Marcela Turati, *Fuego Cruzado. Las víctimas atrapadas en la guerra del Narco* (Grijalbo, México, 2011), organizada por la Federación de Estudiantes Universitarios en el Centro Universitario de La Ciénaga, Universidad de Guadalajara, Ocotlán, Jalisco.